

CUADERNOS DE TAIZÉ

2

Hermano Pierre-Yves

¿Salvados Por La Cruz De Cristo?

Introducción

¿Cómo encontrar un sentido hoy a la relación entre la muerte de Cristo en la cruz y el perdón de los pecados, la reparación de los pecadores – en resumen, la « salvación », en términos del Nuevo Testamento? Nos proponemos ofrecer una breve exposición sobre este tema, destacando lo esencial de manera sintética. Tomaremos prestadas ideas de todo tipo de fuentes. Nuestra originalidad residirá tan sólo en el desarrollo de la exposición con sus correspondientes etapas.

Precisémoslo desde el principio: la cruz de Cristo es inseparable de su resurrección. Son las dos caras de

un mismo suceso. Si la cruz desemboca en la liberación es debido a la Pascua. Y la Pascua sería un mito si el Resucitado no fuera el Crucificado. En cualquier caso, la fe debe partir de la resurrección, para descubrir entonces que el camino pasa por la cruz; y, por fin, reconocer que no es sino identificando la propia vida con la Pasión del Crucificado que accedemos a su resurrección. Esto es lo que san Pablo enseña en su epístola a los Filipenses (3, 10-11).

Pero no podemos decirlo todo a la vez, así que concentraremos nuestra atención en la muerte en cruz. Porque es esa muerte, y sus consecuencias para nosotros, la que suscita tantas preguntas a tantas personas hoy en día. ¿Por qué, a lo largo del Nuevo Testamento, se dice una y otra vez que Cristo muere « por nosotros », « por nuestros pecados » y su redención? Y, para empezar ¿qué es ese « pecado » para motivar todo el drama de la Pasión? Pero antes de llegar al quid de la cuestión, debemos abordar y superar cuatro obstáculos.

Primer obstáculo: el término « salvación »

Efectivamente, el anuncio de salvación, ese término tan frecuente a través del Nuevo Testamento, parece extraño, incluso ajeno a nuestra mentalidad actual: a no ser que se esté perdido en medio del mar ¿quién

reclama ser salvado? Ahora bien, no eran sólo los judíos de aquel tiempo ni los paganos que se convertían al cristianismo, sino el conjunto de todos los pueblos vecinos, los que esperaban la salvación. Esto supone, efectivamente, un cierto sentido dramático de la existencia. ¿Qué pesaba sobre la gente? ¿El sentimiento de estar en deuda con una divinidad u otra? ¿La impresión de ir en búsqueda de una justicia personal, con miedo a perderla? ¿O quizás el deseo ardiente de una vida que desembocara en libertad y felicidad, mientras éstas quedaban siempre fuera de alcance? En resumen, ¿un sentimiento más o menos difuso de mala conciencia, de infelicidad, de fracaso, el sentimiento de un deber por cumplir, pesado, y al cual tememos sucumbir? Sí, una concepción bastante dramática de la vida.

No es que, en nuestra existencia, busquemos de manera forzada y enfermiza el drama. Más bien nos gustaría esquivarlo. Sin embargo, ¿acaso no nos encontramos inevitablemente con una cierta dimensión dramática de la existencia desde el momento en que pretendemos encontrarnos a nosotros mismos en verdad y situarnos frente al otro desde la libertad y con un marcado sentido de nuestras responsabilidades? Cuántas relaciones humanas difíciles, cuántos conflictos imposibles de resolver, cuyos mecanismos se nos escapan. Sin contar con que cada comunión interpersonal, por profunda que sea, no puede traspasar un cierto umbral de opacidad. Una cierta dimensión dramática de la existencia que debe ser atravesada y, de ser posible, superada y sobrepasada.

Además de las tribulaciones, siempre presentes y en todo caso amenazantes en toda existencia, cuántos fracasos personales o colectivos, cuántas tentativas fallidas, falsas esperanzas, de las que debemos levantarnos mal que bien, para sacar algún provecho de ellas. Y, más aún, en toda vida mínimamente consciente de sí misma, por poco exigente que sea espiritualmente hablando, cuántas decepciones al aspirar a una perfección que se escapa incesantemente...

Frente a esto, la fe cristiana no queda desprevenida. La salvación, para ella, no comienza por suprimir el drama interior, sino por darle un lugar adecuado, tanto psicológica como espiritualmente. La evolución del niño puede servirnos como parábola: del egocentrismo original que todo lo remite a sí mismo, es llamado, a través de muchas etapas, a entrar en contacto con otros mediante relaciones cada vez menos sofocantes y más gratuitas, y a crecer él mismo, personalizarse, no a pesar de los demás, sino en vínculo con ellos. No es un proyecto fácil, y de hecho nunca termina...

Hay también, en el ser humano, un deseo de autosuficiencia que distorsiona desde el principio su deseo de autonomía (la cual es soñada de manera absoluta) como si él fuera su centro único, como si Dios y los demás estuvieran al servicio de ese absoluto, un absoluto que se quiere sin dependencias ni obligaciones. Ser « como dioses », ser Dios en cierto modo (el Dios que imaginamos). Con total rebeldía frente a toda idea, también imaginaria, de un Dios que quiere someterme a su omnipotencia. La « omnipotencia », he ahí también un sueño irreal.

La realidad es que el ser humano no se convierte en sí mismo sino a condición de recibirse de los otros, y esencialmente de Dios. Su verdad es estar en comunión, aprender a amar de una manera que tienda a ser oblativa. Y, ante todo, su verdad, su vocación esencial, es entrar en la relación de alianza con Dios, en ese proyecto a partir del cual él creó el mundo y suscitó la humanidad, y en ella a cada uno de nosotros. Estamos ardientemente invitados a sentirnos felizmente parte de esta alianza, y a descubrir a ese Dios que, en la parábola, afirma: « Todo lo mío es tuyo » (Lc 15, 31)

Dios me da a mí mismo precisamente en el movimiento en que, en respuesta, yo me entrego a él. Tal es la reciprocidad de la alianza, una reciprocidad llamada a hacerse infinitamente más profunda. Así, la salvación, si evoca en primer lugar una liberación, llevada a cabo por Dios, de las fuerzas negativas que me habitan, consiste en realidad en una comunión nueva y renovada.

Segundo obstáculo: ¿Qué es el « pecado » y cuál su relación con la muerte?

Aquí voy a hablar en primera persona, porque reflexionando sobre lo que es el pecado no puedo pensar más que en mí mismo. La salvación de otro,

su pecado, su grado de responsabilidad, se me escapan y, de todas maneras, no son de mi incumbencia; son el secreto de Dios. A ese respecto no puedo especular, tan sólo rezar.

A propósito del pecado, no pensemos de entrada en tal o cual falta moral o ausencia. El pecado se explica, en el plano espiritual, a partir de lo que acabamos de ver con respecto a esa búsqueda furiosa y egoísta de uno mismo, esa inclinación fundamental del ser humano a la cual me siento constantemente tentado a consentir.

Mi egocentrismo, pues. No el del recién nacido, irresponsable, sino el que, consciente y voluntariamente, me devuelve a mí mismo, y en el que me encierro con satisfacción, a pesar de lo que pueda saber de Dios, de su alianza y de lo que él espera de mí por mi bien supremo. Maneras de concebir y practicar mi propio placer en detrimento del otro, de sus derechos, de sus legítimas expectativas. Maneras de usurpar subrepticamente en mi vida, a cada momento, el primer lugar, el de Dios, el del amor.

En otros términos, el pecado se revela, bajo todo tipo de formas, como un rechazo de solidaridad y de comunión, porque en cierto momento rechazo deliberadamente pagar el precio requerido. En este sentido es importante recordar que, para la Biblia, el pecado consiste en primer lugar en errar un objetivo, como un mal tirador – siendo el objetivo realizarme en una comunión. En relación a esa realidad esencial que es la alianza ofrecida por Dios, mi pecado consiste en faltar a esa alianza, en rechazar sus exigencias. Y,

del mismo modo, en fallarme a mí mismo, fallar a mi verdad humana, a mi verdadera libertad, y perderme deliberadamente lejos de Dios. Qué maldición...

Esto nos lleva directamente al tema de la muerte. ¿Qué es para mí, fuera de la perspectiva de la alianza? ¿Acaso elegir a Dios no es para mí, en definitiva, elegir la vida? Amar, desde un cierto olvido de sí, ¿no es descubrir mi vocación humana y crecer en mi verdad más personal? Hacer más las exigencias del amor, ¿no es acaso encontrar la fuente de mi verdadera libertad? Así pues, dar la espalda a Dios, esquivar el amor y sus exigencias, ¿no será optar necesaria y dramáticamente por la muerte? La muerte es, dice san Pablo, « el salario del pecado » (Rm 6, 23). Entendamos las consecuencias lógicas y necesarias de esto. La muerte sella el fracaso del egocentrismo, el sueño del hombre de no depender más que de sí mismo, de ser su propio fin. Es percibida como una sanción, un castigo y, por supuesto, como una injusticia, cuando deberíamos reconocer en ella la consecuencia final de la elección que hemos hecho.

En definitiva, la muerte es esa maldición del que, sabiéndolo, se aleja de Dios – como hizo Judas, saliendo en la noche y con qué proyecto en mente... Y ello a pesar de la mano que Jesús acababa de tenderle. Porque Dios no nos encierra en la perdición, y no se alegra jamás de ella. Multiplica las llamadas y las oportunidades de volver a empezar.

Al contrario, en la perspectiva de la alianza, la muerte se reconoce como la última etapa en la tierra, hacia la victoria de Cristo, la realización última de la

pascua del que ya caminaba tras los pasos de Cristo resucitado. Éste sabe que Jesús se levanta y viene a su encuentro y, al morir, grita (o susurra) con Esteban: « Señor Jesús, recibe mi espíritu » (Hch 7, 59). Lo que la muerte tiene de dramático, en razón de todo lo que se abandona y de que nos desprendemos de todo lo que conforma nuestra existencia aquí abajo, es absorbido por la victoria de Cristo.

Jesús, al hacer frente a la muerte, no dejó de confrontar el drama. Él, el hombre libre por excelencia, respecto al Padre y a los humanos, se hace libremente solidario con los últimos, hasta la maldición de la muerte del pecador, a la cual sus enemigos le condenan. ¿Será Dios quien le inflige ese destino? El Nuevo Testamento, simplificando mucho, parece a veces decirlo. No, ese Otro más allá de él mismo, el Padre, encarga a su Hijo bien amado, con confianza, esa misión que sólo él podía realizar: llegar tan lejos hasta encontrar a su criatura perdida. Pero a lo largo de su Pasión y de su camino hacia la cruz, lejos de sufrir la muerte, Jesús hace de ella su manera suprema de recibirse del Padre y de darse al Padre y a los hombres. Ahí está, en efecto, el sentido mismo de la vida humana – recibirse, darse– y ahí reside el ser mismo del Hijo desde toda eternidad. Así la muerte humana, en Jesús, se revela como lo que siempre debería haber sido: la plena y definitiva remisión de uno mismo al Creador para poder acceder a una nueva creación.

Tercer obstáculo: el término « justicia »

Somos muchos los que escuchamos en el catecismo esa explicación de la cruz como juicio de

condena de Dios sobre la humanidad pecadora. La misericordia de Dios habría consistido entonces en hacer caer ese juicio, ineluctable y necesario, sobre Cristo inocente, para ahorrárselo a los pecadores. La justicia tendría ese precio.

Un teólogo ortodoxo, frente a esta justificación de la cruz, se preguntaba cómo Occidente había podido transformar así a Dios en un padre sádico. De hecho, esta derivación en la interpretación es occidental. Se desarrolló a partir del siglo XI, tal vez bajo la influencia del derecho germánico sobre la teología. Ha sido retomada muchas veces y elaborada por ambas tradiciones, la católica y la protestante.

Es difícil saber si hay algún rastro de esta teoría en el Nuevo Testamento. Sería una paradoja, y nunca es conveniente transformar una paradoja en evidencia. De hecho, la Pasión es un proceso – aunque algo descuidado – en el cual, a través de su Enviado, Dios se compromete y toma partido. Pero a menudo nos hemos equivocado entendiendo el término « justicia », tan frecuente en ambos Testamentos, en el sentido de una justicia punitiva y distributiva, pagando « ojo por ojo ».

Muy próxima a términos como misericordia, gracia o amor, la justicia consiste, por encima de todo y antes que nada, a través de toda la Biblia, en una *justeza* de las relaciones, una armonía. Además, la palabra puede traducirse en ocasiones como « salvación » o « victoria ». En su justicia, Dios, derramando gracia, « justificando » al que ha hecho el mal, pretende restablecer con él una relación feliz

y armoniosa. Y espera del hombre perdonado una actitud de justicia y de santificación, que consistirá en armonizarse con el proyecto de vida que Dios tiene para él – el proyecto de la alianza. Dios espera en el hombre « contra toda esperanza ».

Si la ley o los principios de vida, tan numerosos, del Nuevo Testamento, se convierten en un medio para justificarnos a nosotros mismos ante Dios, los desviamos de su propósito y tomamos el lugar de Dios, que es el único que puede justificar. El propósito de la ley y de los principios de vida es indicarnos el camino en vistas a recibir la justicia de Dios, de complacerle y de complacernos en él.

A partir de esto, Cristo en cruz se revela verdadera y simultáneamente como la justicia de Dios y nuestra justicia. Establece la justicia de Dios justificando el pecado arrepentido. Y da cumplimiento a la del hombre involucrándola en su perfecta respuesta al amor y su entrada en la vida.

Cuarto obstáculo: la representatividad de Jesús

De nuevo aquí, lo que parecía evidente en la tradición judía y en la del Nuevo Testamento genera dificultad en estos tiempos de fuerte individualismo. A la inversa del « cada uno para sí mismo », todo ser humano era entonces considerado representativo de la humanidad, entendida esta como una unidad, no abstractamente, sino como una realidad de orden espiritual. Esto nos resulta difícil de imaginar hoy.

Sin embargo tenemos experiencias de estrecha solidaridad humana, de profunda comunión, donde

presentimos que la humanidad es una y que todo ser humano puede servir como muestra de ella. Pensemos en nuestro sobrecogimiento cuando alguien se ofrece a morir en lugar de otro (como por ejemplo el Padre Kolbe). Pensemos en tantos hombres y mujeres que no vacilan en arriesgar su vida por los demás; o, simplemente, que la entregan en servicio, como si perteneciera a los otros. Pensemos incluso en ese sufrimiento de otro que nos afecta casi como si el sufrimiento fuera nuestro. En esas ocasiones intuimos que la humanidad no se limita a presentarse como una yuxtaposición de individuos, sino que tiende hacia una unidad de la cual cada ser humano es representativo. Era en ese sentido que al hermano Roger le gustaba hablar de « familia humana ».

En esta perspectiva, Jesús, de manera única y absoluta, debe confesarse como el Hombre por excelencia, como expresó Pilatos, mejor de lo que él mismo era consiente, al decir « He aquí el Hombre ». Una frase tal, para san Juan, se entiende forzosamente en dos niveles de sentido: He aquí vuestro hombre, el individuo que me habéis traído. Y he aquí la imagen misma del Hombre, tal y como el Creador la proyectó eternamente, he aquí el representante real de todo ser humano a los ojos de Dios.

En efecto, en la manera en que Dios elige entrar en relación con la humanidad de la forma más íntima, no comprendemos el porqué de la encarnación y de la Pasión de Cristo a no ser que reconozcamos en él al Hijo de Dios, convirtiéndose en hermano de cada uno de nosotros. Nuestro hermano y, aún más, nuestro representante ante Dios– sería mejor decir: la

manera en que estoy casi personalmente presente ante Dios. Podemos decir que Cristo se pone en nuestro lugar para vivir ante Dios una existencia humana que responda perfectamente al amor de su Padre, y que afronta en nuestro lugar la maldición de la muerte. Pero, paradójicamente, se pone en nuestro lugar sin quitárnoslo; más bien, al contrario, nos devuelve a nuestro lugar verdadero.

Por su nacimiento humano, es mi vida la que él toma en sí mismo para darme parte en la suya: en su existencia terrestre, llena de libertad y de obediencia, en su cruz dolorosa y victoriosa, en su vida de eternidad. Tan grande es en él el don de sí, frente a la maldición de la muerte, que convierte esta en bendición, para él y para nosotros. He aquí lo que él es para mí, para ti, para nosotros. Es por esto por lo que el Apóstol habla del bautismo como el modo en que el Padre, por medio del Espíritu Santo, nos inscribe en la existencia humana de Jesús muerto y resucitado.

Podemos decir que Dios cuenta enteramente con una doble identificación, no psicológica, sino del orden de su mismo ser. Por una parte, Cristo verdaderamente, se identifica con todos y cada uno de nosotros: se hace cuerpo con nuestro destino, hasta el punto que San Pablo se atreve a escribir: « Cristo nos rescató de la maldición de la ley (de una ley imposible de cumplir), haciéndose él mismo maldición por nosotros, pues dice la Escritura: Maldito todo el que está colgado de un madero » (Gal 3, 13; Dt 21, 23). Y, aún más, « A quien no conoció pecado, Dios le hizo pecado por nosotros » (2 Cor 5, 21). En resumen, podemos decir

que se trata del gran proyecto de Dios al cual Jesús se adhiere con todo su ser: liberarnos del pecado. Sí, él es yo, es nosotros, incluso hasta ese extremo.

Por otra parte, nuestra identificación con él se resume quizás en esta afirmación del Apóstol: « Nuestra vida está oculta con Cristo en Dios » (Col 3, 3) Una anticipación ya real, aunque todavía velada, que el cristiano espera sea desvelada. Es decir que, por la fe y en la esperanza, Jesús resucitado es— ¿deberíamos decir: el lugar? No, el ser— donde situar nuestra existencia, donde buscar nuestro verdadero arraigo.

Mirar a Cristo en cruz es, para mí, en verdad y en realidad, la ocasión de verme ante Dios: pecador maldito como corro el riesgo de ser, hasta merecer la cruz, pero hijo (o hija) liberado y bendito en el Hijo, en razón de su ofrenda de sí mismo, donde se expresa ya todo el dinamismo de la Pascua. Esa ofrenda en la cual me involucra, como lo expresa con tanta fuerza la Eucaristía.

Los cuatro evangelistas

Que la Pasión y la cruz son « por nosotros », los cuatro lo saben y lo dicen: es esto lo que Jesús pretender dar a conocer cuando instituye la eucaristía, profecía de los sucesos que seguirán. Pero ese « por nosotros » está tan cargado de sentido que no sabríamos agotarlo cuando intentamos dar cuenta de él.

En Marcos, el más antiguo, lo esencial parece jugarse entre dos palabras. En primer lugar, aquella de Jesús que recuerda: « Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? » Terrible grito este, del que enfrenta la maldición del pecado. Y esa otra palabra, del oficial encargado de supervisar la ejecución: « Verdaderamente este era Hijo de Dios » – verdaderamente su manera de afrontar la muerte revela en él el misterio del Hijo y la proximidad del Padre.

En Mateo, encontramos de nuevo estas dos palabras, pero menos enfatizadas. La idea del evangelista es que la muerte del Crucificado se revela como el juicio del mundo y la revelación del lugar más santo. Dicho de otra forma, el juicio final en él es anticipado, Jesús realiza en su Pasión el apocalipsis. La historia se ha cumplido y el Reino irrumpe. Es cierto, la historia continúa, pero a los ojos de Dios ya ha llegado a su fin « todo se ha cumplido ». Todo ello con el fin de que, a partir de entonces, se nos abra una perspectiva (si lo queremos verdaderamente), no sobre el juicio, sino sobre la luz del Reino.

En Lucas se recogen muchas palabras de Jesús: su oración por el perdón de los que le crucifican (¿quién, de una u otra forma, no está implicado?), su promesa al bandido arrepentido de recibirlo pronto en el paraíso, su oración de encomendación al Padre. Todo va en el mismo sentido: Jesús hace de su muerte no sólo una oración por el perdón, sino el cumplimiento de esa oración, el perdón mismo de Dios.

En Juan el acento se pone principalmente en la

victoria gloriosa y casi regia del amor en Jesús, y esa victoria, aunque paradójica, aflora a lo largo de todo el relato de la Pasión. Además, Juan contempla la Pasión con el trasfondo de la pascua judía y del cordero pascual. En la hora en la que, ese año, los judíos sacrificaban el cordero, es precisamente donde Juan sitúa la crucifixión de Jesús, ese cordero cuyos huesos no serán quebrados (Jn 19, 33; Ex 12, 46). La muerte de Cristo significa, pues, el sacrificio pascual definitivo y la nueva alianza: el cumplimiento de todo lo que para los judíos significaba el hecho fundador de la liberación de Egipto. En este mismo sentido, san Pablo escribe: « Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado » (1 Co 5, 7). Y llega a la conclusión de que la vida cristiana, en la santidad, debe considerarse como la celebración de esa pascua.

En cuanto a la Epístola a los hebreos, toda ella está dominada por ese tema del Antiguo Testamento: el « sacrificio por el pecado ». Este nunca ha tenido el sentido de un castigo que caería sobre el animal sacrificado, sino el sentido positivo de un perdón reencontrado, de una alianza sellada de nuevo con Dios a través de la ofrenda de la sangre, es decir, de la vida, que pertenece a Dios. El sumo sacerdote, para ofrecerla, entraba una vez al año en el lugar más sagrado del templo –el sancta sanctorum. Ésta es la imagen, en ese rol de sumo sacerdote, que permite a la epístola celebrar la cruz como el sacrificio definitivo para el pecado, donde el sumo sacerdote, de una vez por todas, se presenta a Dios más allá del velo (es decir, más allá de las apariencias de este mundo), con la

ofrenda de su propia vida. El Sacerdote y el Cordero ofrecido, en él, coinciden perfectamente para toda la eternidad. El sacrificio es perfecto.

¿Imaginamos el escándalo espiritual, la crisis terrible que entrañó para los amigos de Jesús, sus seguidores, los creyentes, este final dramático de su ministerio? ¿Y el esfuerzo de fe e inteligencia que les costó la necesidad de dar cuenta de ello, a partir de la experiencia de fe de la resurrección? Todo ello apoyándose en las Escrituras, que por entonces no eran sino el Antiguo Testamento. En cierto modo debían justificar a Dios, así como también su fe en Cristo, tanto ante sus propios ojos, primero, como en vistas a la predicación.

El sentido de la cruz

Franqueados estos cuatro obstáculos, y tras la evocación de cómo cada evangelista considera y justifica la muerte de Jesús, podemos abordar la cruz desde una aproximación que se pretende sistemática y progresiva, yendo de lo más evidente a lo más misterioso, de lo más sencillo a lo más complejo.

1. Jesús murió condenado precipitadamente, como malhechor y blasfemo, a una muerte vergonzosa, reservada a los esclavos, a los que no eran nadie; él, el enviado de Dios, él, el mesías reconocido por sus discípulos. Es así como se sitúa, en el

nombre de Dios, junto a tantos hombres, mujeres y niños víctimas de injusticias y abrumados por la violencia, sin defensa posible.

2. Esta muerte es la consecuencia directa de su mensaje y, por tanto, de la obediencia a la misión que le había confiado el Padre. Lo que escandaliza a los judíos notables es la nueva concepción que Jesús aporta de la ley, del Dios cercano a los pobres y los pecadores, del mesías sin poder político, de la universalidad de la salvación. También hay en la autoridad de su palabra, especialmente cuando perdona en el nombre de Dios, una pretensión de presentarse en el nombre de Dios. De cara a los romanos, es percibido como una amenaza para el orden público y para la autoridad del emperador. En él se cumple la figura del justo perseguido, a la manera de Elías y de Jeremías. Es verdaderamente la fidelidad a su misión humana y divina lo que se sella en su Pasión y su cruz.

3. Jesús había profetizado su muerte al lavar los pies a sus discípulos, él, que era el Señor. Hace así el papel de servidor, del hombre para los demás (como nos gusta decirlo hoy en día), yendo hasta el extremo de su solidaridad con todo ser humano. Por tanto, esa muerte se comprende no sólo a causa de los hombres, sino por ellos. « Por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilatos, padeció y fue sepultado » dice el Símbolo de Nicea-Constantinopla, mientras que la primera formulación de la fe apostólica, transmitida por san Pablo, se expresa así: « Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras » (1 Co 15, 3).

4. De esa negación de justicia, de ese odio, de esa infamia que es la cruz, sólo el amor, que todo lo puede yendo hasta su extremo, era capaz de hacer que del corazón de Jesús se elevara su oración por aquellos que le crucificaban, esa oración en la que se cumplió el amor de Dios. Aquí nos situamos en una perspectiva cercana a Lucas, que hoy es probablemente la más accesible, la más convincente para muchos.

Porque es necesario recordar, contra las simplificaciones del pasado, que lo que salva, lo que ofrece el perdón, no es la sangre de Jesús, ni su sufrimiento, ni su muerte, sino el amor en el nombre del cual llegará a asumir todo ese destino trágico, en vistas de convertirlo en misericordia.

5. Así pues, se plantea una pregunta, difícil y desconcertante: ¿Para qué todo ese drama, si se trata de perdonar? ¿Por qué el perdón de Dios es a ese precio: el Padre entrega a su Bienamado, y éste se entrega en manos de los que le crucifican? La pregunta reaparece: ¿Qué revela ese drama, a propósito del perdón de Dios en Jesucristo? Para empezar, ilustra hasta dónde llega el amor de Dios con tal de alcanzarnos. A continuación y simultáneamente, hasta dónde llega el pecado, con todas las consecuencias que entraña.

¿Acaso el perdón consistirá en hacer como si el mal no hubiera tenido lugar, igual que borramos de un esponjazo en un pizarra? Si el pecado— recordémoslo— significa ir deliberadamente en pos de un apego egoísta hacia uno mismo, sin referencia a

Dios ni tampoco al prójimo, ¿cuánto mal no habrá amontonado esta actitud? ¿Qué derechos no habrá pisoteado? ¿Cuántos errores de todo tipo no habrá multiplicado? Una responsabilidad así, ¿puede simplemente eludirse, anularse?

He aquí la razón por la cual Jesús, al hacer frente al pecado de los hombres, afronta también todas las consecuencias que éste entraña: infamia, angustia, sufrimiento intenso, que conducen a la muerte. Aquí el perdón no sabría decir: « ¡Bah, no es nada! » Ciertamente, se ofrece sin reservas. Y todavía hace falta que yo lo acoja, lo que supone un cambio total de todo mi ser, lo contrario del egocentrismo: una reparación, en la medida de lo posible, hacia los otros, un duro abandono de hábitos, un dejar atrás todo lo negativo. Esto de manera que la vergüenza y el sufrimiento se orienten hacia lo contrario del pecado: una vida ofrecida. En resumen, acoger el perdón supone por mi parte una conversión y un compromiso hacia Dios, así como una atención renovada al prójimo.

¿Acaso no es esto precisamente lo que se cumple a través de la Pasión de Jesús? Tomando sobre sí todas las consecuencias del pecado, les da la vuelta: sí, en su sufrimiento terrible y en la infamia de agonizar públicamente sobre el cadalso, las convierte en una marcha victoriosa hacia la vida nueva, la resurrección.

¿Hablaremos a este respecto de castigo? Es posible. El nuevo Testamento apenas lo hace, pero Isaías afirma del siervo: « Yahveh descargó sobre él la culpa de todos nosotros » (53, 6). De nuevo aquí se trata de una manera simplificada de hablar,

si lo aplicamos a Jesús. No es Dios quien castiga, soy yo, haciendo el mal o rechazando el bien que se espera de mí, quien me hago daño a mí mismo y me dirijo hacia mi perdición. En este sentido, el pecado se revela como autopunición. Y también esto lo carga Jesús sobre sí.

Un tema aparecía antes: el sufrimiento ligado al pecado, tal y como Jesús lo afronta. El perdón no acaba con él. Por una parte, el sufrimiento está presente en toda vida humana, ¿qué hacer? Por otra, se duplica en todo aquel tocado por la visión del Crucificado, mediante un sufrimiento espiritual vivo. El corazón se aflige no sólo ante ese espectáculo y ante el precio de ese perdón, sino que se enfrenta también a esta pregunta: ¿cómo mostrarme a la altura de este hecho? ¿Cómo vivir dignamente ese perdón?

¿Qué papel juega el sufrimiento— todo sufrimiento— en lo que aquí hemos llamado la « conversión »? El perdón también llama al sufrimiento a esa conversión. A pesar de la pena, la vergüenza, el asco o el sentimiento de fracaso que entraña el pecado, se propone y se pide que ese sufrimiento se convierta en participación de los sufrimientos de Cristo y que nos conformemos a su muerte, como dice audazmente san Pablo. Sin ser jamás un bien en sí mismo, el « bien » del sufrimiento físico, moral o espiritual será— en la medida de lo posible— el ser vivido como una forma particularmente estrecha de comunión con Cristo, una manera preciosa de ofrecerse con él en el amor.

Así, la reconciliación con Dios no tiene nada de

fácil, de anodino, ni de automático. Es a través de los sacramentos, por medio de la fe y de una vida de santificación, como acogemos el perdón. Se nos ofrece con una total generosidad, y se espera de nosotros una reciprocidad de generosidad. El perdón, en definitiva, es Dios que viene a mí; mi acogida de ese perdón es ir hacia Dios. Tal es la alianza sellada en Jesucristo.

6. Llegamos al tema del sacrificio. Un término que muchos detestan hoy en día, por el hecho de que ese término, en nuestras lenguas y nuestra mentalidad, ha cambiado completamente de sentido. Se ha convertido en sinónimo, en el lenguaje corriente, de desgracia, accidente, con un cierto tufo a castigo. O también de un acto con el cual estamos obligados a cumplir, sin amor, con la idea de que, cuanto más desagradable sea, más valor tendrá. O incluso puede significar aquello de lo que nos deshacemos, lo que no tiene ningún valor. Además, este término puede comportar para la mentalidad actual una idea insostenible de violencia, en razón de la sangre derramada y de la muerte del animal, en lo que parece resumirse el sacrificio en el Antiguo Testamento.

¿Hace falta renunciar al término, remplazarlo por otro que conserve su belleza: la ofrenda? ¿O cambiar de mentalidad, recorrer hacia atrás ese camino de degradación del sentido del sacrificio para volver a su origen? Aquí cada uno es libre en lo que respecta a sí mismo. Pero ahí está el Nuevo Testamento, citado muy a menudo en las liturgias eucarísticas, que habla sin ningún reparo del sacrificio, sobre el trasfondo del Antiguo Testamento.

Ahora bien, para éste último, el sacrificio, en estrecha relación con la alianza, tiene como significado esencial ligarme a Dios, hacer que me encuentre con su gracia. La sangre es preciosa porque representa la vida que viene de Dios y que se le ofrece en rito de reconocimiento. Ya humanamente hablando, es ley de vida que debemos renunciar a algo para « ganar » otra cosa, dicho de otra manera, poder crecer hacia otro nivel. Y ante Dios, sacrificar es separar una parte de lo que hemos recibido de él para presentársela en acción de gracias. Pero, a fin de cuentas, es uno mismo quien se ofrece y, a través del sacrificio, es uno mismo el que se recibe. ¿Acaso no es esto lo que se cumple en la eucaristía?

En el Antiguo Testamento, el relato que mejor sitúa el sacrificio, en tanto rito de alianza, es aquel donde vemos recogida en una vasija la sangre (¡la vida!) de toros inmolados. Moisés sella entonces la alianza entre Dios y el pueblo rociando con esa sangre sucesivamente el altar, símbolo de la presencia de Dios, y el pueblo. Una palabra sacramental acompaña el rito y explica su sentido « Ésta es la sangre de la alianza » (Ex 24, 8). Ahora bien, estas mismas palabras son retomadas por Jesús en las palabras de institución de la cena. Jesús considera, pues, su persona y el don de su vida, aquí, en la víspera de la Pasión, como una alianza sellada definitivamente entre el Padre, al cual se ofrece, y los hombres, por los cuales se ofrecen.

Además, en esta profecía de Pascua que es la cena del Jueves santo, se perfila todo el suceso pascual de la liberación de Egipto, de la comida

pascual, de la travesía del Mar Rojo. Jesús es su cumplimiento nuevo y eterno. Él es –lo hemos visto– « nuestra pascua », nuestra liberación, nuestro pasaje a la luz.

De todos los sacrificios de la antigua ley, los primeros cristianos no retuvieron más, como símbolo de la Pasión, que el « sacrificio de expiación ». También aquí, sin connotaciones de castigo, se trata de la alianza sellada de nuevo por la ofrenda de la sangre, de la vida, donde se expresa entonces la reconciliación con Dios. Pero no volveremos a esto: ya lo hemos tratado antes, a propósito de la Epístola a los Hebreos.

7. En un himno muy antiguo de la Iglesia encontró san Pablo la expresión más poderosa para evocar la humildad que representa la encarnación y, más aún, la cruz: « Se despojó de sí mismo (no en cuanto a su persona, sino en cuanto a su condición de Hijo de Dios), tomando condición de siervo... y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz » (Flp 2, 7-8)

Así, la cruz es el momento culminante de ese movimiento de amor, en el que el abajamiento y la exaltación de Jesús fueron uno sólo. Porque su resurrección no es la revancha, en modo alguno, de la vida sobre la muerte, de la gloria sobre el abajamiento. No es la revancha, no es lo inverso, sino la revelación de lo que realmente fue la Pasión. Tal es la audacia de Dios, tal es su poder, bien real, y su soberanía: la muerte de Jesús en la cruz se revela como la victoria de la vida, el éxito del designio

eterno de Dios, la forma suprema que toma el amor para ofrecerse.

Así, el poder de Dios, a través de la Pasión, se revela como su capacidad de sacar de lo peor, lo mejor; de la mayor derrota, la mayor victoria; de la muerte, la resurrección. Sí: en la cruz. En nosotros está, pues, buscar cómo puede todo esto resonar en nuestra propia existencia, si tenemos intención de « conocer a Cristo, el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos » (Flp 3, 10)

Traducción del francés de Rosalía Miranda

© Ateliers et Presses de Taizé, 71250 Taizé, France
DL 1071 - juin 2008 - ISBN 9782850402630

Achevé d'imprimer en juillet 2008 imprimerie - AB.Doc, 71100 Chalon sur Saône